

ántes, como aquel soldado furioso, rompió con la lanza el costado de Jesucristo, ahora entra arrepentido por esa puerta de misericordia á lavarse en su amorosa sangre.

¡Qué alegre es pues este dia en que nace la que ha de cambiar nuestra suerte; la que ha de convertir nuestras necesidades en alegría espiritual, y el castigo de nuestros pecados en medios de nuestra eterna felicidad! Lloren en hora buena los que viviendo afligidos, no recurren á la fuente de su consuelo; que nosotros debemos alegrarnos invocando á la Virgen en las necesidades: en esta Señora hallaremos socorro, amparo y santo amor recurriendo á sus altares, y tendremos en nuestro corazon á María y á Jesus. Así sea.

## SERMON

DE

### NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

(DE GONZÁLEZ.)

*Audivi orationem tuam, et elegi locum istum mihi in domum sacrificii.*

Escuché tu oracion, y elegí para mí este lugar como casa de sacrificio.

*II. Paralip. c. 7. v. 12.*

Prendado el Señor de la piedad de Salomon en la construccion del templo de Jerusalem, se le aparece una noche, le habla, le manifiesta su complacencia y le dice: he oído tus oraciones y escogido para mí esta habitacion como lugar de sacrificio. Del mismo modo, cuando los nobles romanos, el patricio Juan y su esposa, le dirigieron sus ruegos y votos, para que les manifestase su voluntad en órden á la inversion de las riquezas de que habian instituído heredera á María santísima, se les aparece en el silencio de la noche esta Señora, y por medio de una milagrosa nevada que hizo caer en el rigor del verano, les manifestó su gratitud y complacencia por su conducta, y que seria de su agrado que empleasen el producto de sus bienes en la construccion de un templo, que elegia para habitacion de su divino Hijo. Y en el dia destinado por la Iglesia para renovar la memoria de la dedicacion de este templo, erigido en la capital del mundo cristiano, ¿pudiera yo elegir un asunto mas propio de esta festividad, que emprender una especie de apología de los templos tan generalmente infamados por los que

tratan de reformar el mundo, según las leyes de sus ilustradas pasiones? No á la verdad; cualquiera otro agradaría menos al Señor y á su madre santísima, porque no conduciría tanto á vuestra edificación. Los acontecimientos que precedieron á la construcción del templo dedicado á María santísima bajo la advocación de las Nieves; las intenciones de los esposos, la manifestación de su aceptación, la nieve que cayó milagrosamente en el verano, para designar el punto en que aquel debía construirse, la dedicación y consagración del pontífice Liberio, la restauración de Sixto III, el esmero con que varios de sus sucesores lo adornaron y enriquecieron; todo os es bien notorio, como que habéis oído todos los años su historia. Por esta razón procuraré manifestar contra las máximas de los impíos, que los templos dedicados al Señor, erigidos en honor de los santos, adornados y enriquecidos según la costumbre de los antiguos verdaderos cristianos, son dignos de nuestra veneración y respeto, así por el honor que reciben en ellos el Dios excelso y los bienaventurados, como por la utilidad espiritual y temporal que la asistencia á ellos nos ocasiona á nosotros mismos.

Tal vez no faltará quien censure mi determinación como injuriosa á la Reina de los ángeles, puesto que me hace omitir en cierto modo la publicación de sus glorias en uno de los días destinados por la Iglesia á este objeto; mas yo estoy seguro de que, no habiendo fuera de los cielos mayor gloria para María que la que resulta de las adoraciones que se dan á su Hijo, no solo no desaprobará mi conducta, sino que me alcanzará los auxilios que necesito para el mejor desempeño. Así lo espero, Virgen amorosa. Dignaos repetir por mis labios á este pueblo las palabras que dirigisteis á los virtuosos romanos, para que produzcan en ellos un efecto semejante. Á este fin os rezamos el *Ave María*.

Desde que, borradas del corazón del hombre las justas y religiosas ideas recibidas con la naturaleza, tuvo necesidad de ser conducido, digámoslo así, por medio de las cosas sensibles al conocimiento y práctica de las espirituales, ordenó el Señor que se erigiesen altares, para que las criaturas le rindieran en ellos el homenaje debido á su Criador. Trascorridos muchos años inspiró á su siervo Moisés la idea de fabricar en el Desier-

to aquel asombroso templo portátil, en el que competían el arte con el primor de sus invenciones, y la naturaleza con la profusión de sus metales. Á su vista, admirados los israelitas, olvidan la idolatría á que eran tan propensos; adoran reverentes al Dios de sus padres; colocan en él toda su confianza; le ofrecen continuos y solemnes sacrificios. Complacido el Señor por los honores que le tributa aquel pueblo rebelde, desciende amoroso, fija su morada en aquel mismo lugar, lo llena de su gloria, y oculto en una misteriosa nube arrebatada con la más dulce violencia las alabanzas, el respeto, las adoraciones de aquellos hombres embrutecidos é ingratos.

No es menos de notar lo ocurrido en el que ideó David, y construyó su hijo Salomón en Jerusalem. La naturaleza como que se propuso reunir en él todas sus inmensas y variadas producciones; minerales, vegetales..., todo lo empleó en obsequio de su Criador. Murmure el impío de tal profusión; repruebe tanta suntuosidad el avaro; critique el insensato reformador la conducta de Salomón y de Moisés; el Señor los confundirá declarando haber sido todo dispuesto por su infinita sabiduría y ordenado por su omnipotencia; y les hará cerrar sus impíos labios, diciendo á los piadosos ejecutores de sus designios, como en otro tiempo: vuestra obra me agrada sobremedida; la casa que me habéis edificado, me colma de placer; las adoraciones que en ella recibo, no son indignas de mi majestad; yo la elijo para morada de mi gloria; yo la destino para solio de mi grandeza; yo prometo habitar en ella continuamente y recibir con benignidad los sacrificios, las adoraciones, las alabanzas, las súplicas y acciones de gracias que me ofrezcan los hombres.

Nada más natural que la construcción de semejantes lugares al Criador y dueño absoluto de cuanto existe. Los príncipes temporales tienen un solio magnífico en que ostentar su poder y grandeza y recibir el homenaje de sus pueblos, la sumisión de los grandes y las embajadas de los otros príncipes: los más despreciables ídolos tienen sus templos, en que reciben el incienso y la adoración de los insensatos autores de su divinidad; y solo el Rey de todos los reyes, el Señor de todos los señores, el único Dios verdadero, el criador universal, ¿ha de carecer en la tierra de un lugar especial, en que las hechuras de sus manos le tributen el culto que de justicia le deben?

Pero ¿qué culto, qué honor es el que los hombres pueden

dar á su Dios? Ni ¿qué necesidad tiene el Señor de los altares magníficos, de los adornos preciosos, de los sacrificios solemnes, de todos los actos de Religion, para cuyo ejercicio están destinados los templos? Hé aquí en dos palabras todo cuanto la impiedad tiene que oponer contra la ereccion, magnificencia y suntuosidad de nuestros templos. La impiedad, digo; porque siendo el mismo Dios el que ordenó muy por menor la estructura y adorno del templo de Moises (1); habiendo manifestado este Señor su aprobacion en la gloria y majestad de que lo llena, segun se ve en varios lugares del antiguo Testamento; habiendo oído de boca de María santísima el dichoso cristiano, cuya piedad dió motivo á la festividad presente, que su voluntad era que se erigiese á Dios un templo en honor suyo; siendo tantas las veces que los santos han inspirado á los fieles el pensamiento de edificar otros no ménos magníficos; en vista de unas pruebas tan terminantes, de unos prodigios tan manifiestos en favor de la ereccion de templos, ¿quién sino la impiedad puede dudar que son agradables á Dios y honoríficos á sus santos?

Sé á no dudarle, que la gloria de Dios no puede aumentarse; pero sé igualmente que su honor, que no es otra cosa que la protestacion exterior de su grandeza y excelencia, en ninguna parte de la tierra adquiere tanto realce como en los templos del cristianismo. Su magnificencia, la solemnidad de las ceremonias sagradas, el fervor de las oraciones, la grandiosidad del sacrificio, todo publica á grandes voces los atributos gloriosos del Señor que los habita. En ellos se aviva la fe, se reanima la esperanza, se inflama la caridad de los fieles, se desvanecen los errores de la herejía, se disipan las tinieblas de la incredulidad, se arrebata la admiracion de los gentiles, se abate el orgullo de Satanás, se destruye la tiranía del infierno, se rompen los fuertes lazos que nos tiende el mundo á cada paso; se apaga el voraz fuego de las pasiones; hasta las piedras de sus bóvedas dicen á grandes voces, que resuenan en los mas remotos puntos del universo: «grande es el Señor, y no tiene límites su grandeza;» todo publica con la mayor solemnidad que se deben de justicia al Rey supremo de los cielos el honor, las alabanzas, las acciones de gracias y la gloria por los siglos de los

(1) *Ezod. c. 26.*

siglos. En medio de tan universales aclamaciones como que descubre la verdadera fe al Señor, que inundado de júbilo y hablando con los moradores del cielo, les dice: *Elegi... et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum* (1); ved cuán acertadamente elegí para mí esta habitacion entre los mortales; mirád cómo la oscuridad de la fe procura tributar-me en ella los mismos honores que la claridad de la gloria; reparád que los hombres mortales me rinden del modo que les es posible, el homenaje mismo que los inmortales espíritus; observád cómo en la tierra se me reconoce por criador y dueño absoluto del mismo modo que en el cielo.

No puede negarse que el Señor no tiene necesidad de los cultos que nosotros le tributamos; pero tampoco la tiene de nuestras potencias, de nuestras virtudes y oraciones, y á pesar de eso ni las reprobamos como perjudiciales, ni las despreciamos como inútiles. En su misma naturaleza tiene el Señor cuanto puede contribuir á su gloria; nosotros por el contrario llevamos dentro de nosotros mismos la imperfeccion, el pecado, la nada, que nos privan de todos los bienes, si no se nos comunican de fuera. Si dirigimos á Dios nuestras súplicas, no es porque él las necesite, sino porque necesitamos nosotros los bienes que le pedimos por ellas; si le honramos, no es porque nuestros honores le sean necesarios, sino porque le son debidos y porque con ellos nos atraemos los efectos de su amor y beneficencia. *Oi tus ruegos*, dice el Señor á Salomon, *y he destinado esta casa para mi habitacion* (2). *Hoy*, dice Jesucristo en la casa de Zaqueo, *es llegada la felicidad, hoy entra la salud en esta casa* (3). *En esta casa*, dice en otra ocasion, *se halla cuanto se busca, se alcanza cuanto se pide, y se abre la puerta á cuantos llaman á ella* (4). Es indudable; los templos nos proporcionan unos beneficios que no llegamos á conocer perfectamente.

Desde que el gran Constantino enseñó con su ejemplo á los cristianos el medio mas eficaz para conseguir el favor y beneficencia del Todopoderoso, no pueden atribuirse á otra causa los admirables triunfos en las guerras tan desiguales, la prosperidad de los reinos, la felicidad de los particulares, la extirpacion de las herejías, la destruccion del reino del pecado, la abun-

(1) *II. Paral. c. 7. v. 16.* (2) *III. Reg. c. 9. v. 3.* (3) *Luc. c. 19. v. 9.*(4) *Luc. c. 11. v. 10.*

dancia de todos los bienes y la cesacion de todas las calamidades. Recorréd todo el cristianismo, y lo veréis demostrado en tantos y tan magníficos monumentos de la piedad y religion de los monarcas y de los particulares católicos; recorréd en especial el suelo de esta nacion, y en cada palmo hallaréis testimonios indestructibles del celo de vuestros padres por el honor de la Religion, y del empeño de la Religion en favorecer á vuestros padres. Las propiedades que pertenecen á muchos de nuestros templos: la plata, el oro, los diamantes, que tanto brillan en los mas principales y que de tal modo han excitado la vil codicia de los impíos; ¿qué otra cosa son que unas débiles muestras de la gratitud, con que los cristianos daban á la Iglesia una corta porcion de las inmensas riquezas que por medio de la misma habian adquirido? Mas ay! en dónde está al presente todo esto? Nosotros mismos hemos presenciado en estos infortunados dias la desolacion, las profanaciones y saqueos de nuestros templos, semejantes en un todo á los que sufrió el de Jerusalem en tiempo de Nabucodonosor y Antíoco. ¿En dónde, en dónde están esas riquezas tan ponderadas, tan codiciadas, contra las que tanto se declamó por la impiedad en todas partes? Las demostraciones de reconocimiento con que nuestros mayores trataron de enriquecer los templos, eran excesivas tal vez; perjudicarian acaso en ciertas ocasiones á la piedad y la justicia, y fué necesario el freno de las leyes como en tiempo de Moises para reformar este abuso; pero ay! ay! aquí puede decirse que el remedio ha sido peor que la enfermedad. En el dia vemos oscurecida toda su gloria, consumidos sus tesoros; vemos ruínas en lugar de templos: ya sea efecto de la pobreza, ya de la falta de piedad, vemos que no se reparan los ruinosos, que no se edifican los arruinados: vemos la materia de nuestros sacramentos, y el mismo Dios sacramentado reservados en vasos indecentes; vemos pueblos enteros destituidos por falta de medios de los auxilios espirituales; vemos que la impiedad insulta todavía su miseria ponderando sus excesivas riquezas; vemos que convertida en sacrilega injusticia la caridad religiosa de los fieles, se priva á la Iglesia de sus derechos y se le usurpan sus bienes sin el menor escrúpulo. El estado de pobreza á que han sido reducidos los templos, los hace despreciables; al desprecio sigue la profanacion, y esta atrae sobre ellos todas las calamidades. Pero desde esta época tan

desgraciada, ¿cuándo ha faltado de entre nosotros el azote del Señor? Guerras, pestes, hambres, pedriscos, robos, asesinatos, violencias, escándalos, todas las calamidades, todos los desórdenes han venido sobre nosotros, desde que hemos negado á los templos el culto que les pertenece.

Pero no puedo ménos de admirarme de la conducta de los cristianos: á pesar de tan injusto y sacrilego desprecio de los templos del Señor, no reconocemos otro asilo en nuestras desgracias. ¿Con cuánto fervor dirigimos en ellos á Dios nuestros ruegos, á invitacion de un gobierno cristiano, al empezar todas las luchas en que se hallan empeñadas nuestras armas! ¿Qué templo hubo en el que no se ofrecieran solemnes sacrificios, se dirigieran humildes oraciones, y se hicieran piadosos votos para conseguir la lluvia, cuya escasez nos tenia consternados en los años de sequía? Y ¿qué parte de nuestro suelo no recibió en el instante el riego mas oportuno y copioso? Alegres entónces y reconocidos explicaron los fieles su liberalidad en las grandiosas ofertas que por todas partes se hicieron á los templos, á las imágenes, á la Religion; todos quisieran tener entónces suficientes recursos para edificar nuevos templos, como el patricio Juan y su noble esposa, cuya piedad no pueden ménos de encarecer en aquellas circunstancias, y cuyas demostraciones de gratitud por parte de María santísima envidian en cierto modo; ó á lo ménos para adornar, enriquecer y dotar decorosamente los ya edificados. Entónces se palpó la verdad de que los templos sirven para dar á Dios el culto que se le debe, y alcanzar á los cristianos los bienes que necesitan. Entónces se conoció prácticamente cuán agradable es á Dios y á sus santos la ereccion, la consagracion, el ornato y respeto de los templos. Entónces nadie pudo dudar estas verdades; nadie pues las dude en lo sucesivo. Imitemos el piadoso ejemplo que la Iglesia nos propone en este dia: demos á Dios siquiera lo que no necesita el mundo; veneremos la casa que Dios ha escogido para sí; consideremos el templo como un lugar destinado para elevar al cielo nuestras oraciones y recibir los bienes que nos bajen del cielo; para honrar al Espíritu santo que en él habita, atraernos su amor, su beneficencia, su amistad. Imitemos la conducta de los primeros cristianos, quienes, desde que se les permitió el ejercicio libre de su Religion, fueron edificando en todas las provincias y aldeas templos que consagraban al culto de su

Dios y en honor de los héroes del cristianismo : no olvidemos jamás que en proporción que aumentaba el número de los santos, crecía el de los templos, los que cada día eran mas suntuosos, se adornaban con mas preciosos ornamentos y se enriquecían con dotaciones mas pingües. No hay estímulo mas poderoso que el ejemplo ; pero si este no es suficiente, yo os propongo además la recompensa. Considerad los beneficios que el Señor y su madre santísima dispensaban á la piedad de vuestros padres ; imitad pues esta, si queréis haceros dignos de aquellos en esta vida, y de la bienaventuranza en la otra. Amen.

## SERMON

### DE LA VÍRGEN

BAJO EL TÍTULO

DE LA DIVINA PASTORA.

(DE BORDOY.)

*Ego pascam oves meas.*

Yo apacentaré mis ovejas.

*Ezequiel, c. 34. v. 15.*

Quando los que devotamente amaban á la madre del Salvador, se complacian en creer que tributaban á esta Señora los obsequios y homenajes que caber pueden en la criatura ; quando el afectuoso corazon al parecer se habia desahogado hasta el extremo en sentimientos de devocion y de ternura hácia tan estimable Reina ; quando la imaginacion descansaba ya en los brillantes y pomposos títulos, que su viveza y fecundidad le habian sugerido para honrar á esta hermosa Sunamítis ; quando los oradores mas famosos creían haber agotado las fuentes de la oratoria en alabanzas de esta Señora ; quando... Pero por qué no lo hemos de decir de una vez ? quando los pontífices mas celosos, las religiones mas fervorosas y los fieles mas devotos, el mundo todo hacia resonar por todas partes los ecos de alabanza á María, creyendo haber agotado los mineros de sus loores ; entónces, acordándose la Señora de los limitados alcances de la criatura, y queriendo aumentar los sentimientos de una devocion tierna, inspira á un celoso capuchino de Sevi-